

—Se está preparando, mi señor.  
 —¿Cómo preparando, desde hace cuatro días? ¿dónde está el gobernador?  
 —En su casa, señor.  
 —¿Cómo, en su casa?  
 —Sí, señor, en su casa.  
 —Llévame allá.

El teniente echó á correr delante del gran hombre, y cuentan en mi país que no bien, apenas á la distancia, oyó el Gobernador las pisadas del caballo de don Simon: «á ver, á ver, á ver,» dijo á sus amanuenses, dirigiéndose á éste, al otro, al de más acá, y al de más allá: ponga usted una nota «al señor don...» usted una circular «al señor X.»

«Huamachuco, tantos al mes... Usted una orden... «yo el Gobernador,» etc... Usted un bando... «Considerando que el ejército patriota... Usted un oficio... «Señor Gobernador de Pelagatos» etc... Usted una carta... «señor don Laberinto Mucha-bulla» Usted una...»

En esto llegó Bolívar.  
 —¿Qué es del Gobernador?  
 —Señor, US. Ilustrísima...  
 —Menos venias, mi amigo, menos venias; ¿y el rancho y el forraje y los cuarteles?  
 —Señor, US. Vuesencia, todo se está alistando; señor US., allí están mis escribientes dando las órdenes.

—Las órdenes? escribientes? no señor, exclamó don Simon, poniendo cara fiera, echando pié á tierra, golpeando la empuñadura de su espada y dando tres ó cuatro patadas en el suelo, no quiero gobernadores como tinta, entiendo usted? ¡Fuera esos escribientes! quiero un gobernador que monté á caballo: que vuele, que ordene verbalmente, que esté aquí, allá, en todas partes, arriba, abajo, con cien ojos, con cuatrocientas manos, con mil pies, ¡eh! nada de come tinta: que mi tropa no viene de paseo ni se trata de cuestión diplomática para tanta nota ni circular. Un caballo, señor Gobernador, un caballo.

Más tardó en hablar S. E. que en presentarse un cholo con un caballo medio chúcaro, y sin apero.

—Arriba, señor Gobernador, dijo Bolívar como agarrándole para echarle sobre la bestia, arriba: y poniendo con mano propia oficial al caballo que se quería encabritar, le pegó con la espada en el anca un buen sablazo diciendo al Gobernador, que no sabía lo que le pasaba: «el rancho, el rancho, pronto y bueno, los cuarteles, el forraje, las bestias de relevo: no quiero gobernadores como tinta.» Y en pelo y asustado salió el Gobernador, que dicho sea de paso, cumplió con prolijidad y á medida del deseo de S. E. cuantas órdenes le había éste impartido.

Entre los años 21 y 24 llegó Bolívar á la ciudad de Huamachuco.

Era natural de aquel lugar su secretario general, el Dr. D. José Faustino Sánchez Carrion.

Un año hacía que Huamachuco, proclamado á favor de la patria, había quedado bajo las órdenes de un gobernador, encargado de recandar ciertas contribuciones para atender con ellas al buen servicio de la causa.

Entre otras cantidades había recibido el gallo aquel, cuyas cotejas hemos visto más tarde, la cantidad de 4,000 pesos, los mismos que, á usanza de estos tiempos de abusos, mamandurria y venite adoremus, hizo desaparecer en menos de un bendito, empleándolos en su provecho; pues el Fulano era un comerciante quebrado y no de la cintura.

Llegó Bolívar y no faltó quien pusiera en su conocimiento la pasada de navaja mocha realizada por el gobernador.

—Que me lo llamen, dijo D. Simon; y el Mangansuerbas se presentó muy afeitado de huesos, cargado de papeles ó sean cuentas; en que comprobaba con minuciosidad el empleo que había dado á los cuatro mil en cuestión. ¡Las cuentas de siempre!

—¿Qué ha hecho vd. de la cantidad recibida? preguntó el Libertador.

—Señor, US., Excmo., aquí traigo mis cuentas, y desdoblado libros y sacando papeles comenzo de este modo:

—Tanto en forraje para el piquete de soldados que pasó en la comision tal; tanto en esto; tanto en esto otro; tanto así, tanto así; suma total: cuatro mil y pico, señor, US., Excmo.

Bolívar, con la mayor paciencia, dejó que el gobernador glosara la cuenta á su manera: mas, luego que hubo concluido, le dijo:

—Yo tambien sé sacar cuentas, señor mío. Veámos, y tomando la pluma agregó:  
 V. era comerciante quebrado (cero)... 0  
 V., por lo tanto, estaba más pelado que rabadilla de muhaicho (cero)... 0  
 V. no tenía por dónde le venga ni un grano de anís (cero)... 0  
 V., en fin, era como si dijéramos el hambre con la necesidad (cero)... 0

Suma total (cero)..... 0

Pues bien, V. ahora tiene casa: mil pesos cuando menos..... 1,000  
 V. tiene comercio: otros mil..... 1,000  
 V. ha pagado parte de sus deudas: mil más..... 1,000  
 V. ignora que se trata de defender la patria: mil por esa ignorancia..... 1,000

Suma total..... 4,000

Le dejó á vd. el pico, ¿eh? ¡Un ayudante! exclamó en seguida frunciendo el entrecejo, poniéndose de pié y levantando la cabeza con arrogancia. Un coronel se presentó.

—Vaya vd. con este hombre, y si dentro de una hora no ha puesto sobre esta mesa los 4,000 pesos que he defraudado á la nacion, póngalo vd. en capilla.

Una hora despues los 4,000 fueron puestos sobre la mesa del general Bolívar.

EL CREDO Y LOS DOCE APOSTOLES

DOCE hombres oscuros y desconocidos salieron de Jerusalem despues de haber presenciado el más horrendo sacrificio. Propagadores de una religion divina, cuyo fundador, nacido en un rincón del universo, entre las ruinas de una nacion cautiva y dispersa; snucubió en una cruz con la infame pena de los esclavos, avanzaron intrépidos por enmedio de la barbaridad filosófica y la degradacion mitológica. Esta gente idiota é inteligente entregada á tareas viles y oficios groseros allá en las playas del mar de Tiberiades, emprendió la ilustracion del mundo envuelto en nefandas supersticiones, con una doctrina nueva y desconocida.

Los valerosos Apóstoles, que temblaban á las capciosas preguntas de una mujercilla y se ocultaban á la vista de todo ciudadano temerosos de ser reconocidos por discípulos del Inocente del Gólgota, inflamados é iluminados por las luces del Espíritu Santo, que los visitó en el día de Pentecostés, compusieron el Credo, y se dividieron, segun les dijo el Salvador: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura, esto es, á los hombres, bautizándolos en nombre de la Trinidad Santísima.»

San Pedro fué el primero que dió principio diciendo: *Oreo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.*

Y los otros apóstoles continuaron diciendo los demás artículos del Credo referentes al Hijo de Dios, su encarnacion, pasion, muerte, resurreccion y venida futura á juzgar á los vivos y á los muertos.

Confesaron su fé en el Espíritu Santo, la Iglesia Católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurreccion de la carne y finalmente la vida eterna. ¡Eso enseñaron y con su vida y con su sacrificio cuánto más no obraron!

Es ya tiempo de ver cómo estos hombres alentados por el Espíritu Santo, supieron sostener la verdad contenida en las palabras del símbolo que habían formado.

San Pedro, cabeza de todos ellos, fué crucificado en Roma, á imitacion de su Divino

Maestro, pero con la cabeza hácia abajo, á peticion suya, pues no se consideraba digno de morir en la misma forma que había muerto Aquel.

San Andrés fué martirizado en Patrás, azotado y fijado tambien en una cruz, en la que permaneció vivo dos dias, durante los cuales, á pesar de sus terribles tormentos, no cesó de predicar el Evangelio.

Santiago el Mayor fué desollado vivo en Jerusalem.

San Juan fué introducido en una tina de aceite hirviendo, de la que milagrosamente salió ileso, para ir desterrado á una isla, muriendo despues en Efeso.

Santo Tomás fué muerto á lanzadas en Calanna.

Santiago el Menor fué apedreado primero, arrojado despues desde una gran altura y rematado de un golpe de palo.

San Felipe fué azotado y muerto á pedradas.

San Bartolomé fué desollado y decapitado.

San Mateo fué muerto de un hachazo en Etiopia.

San Simon fué aserrado en Persia. San Tadeo fué decapitado en el mismo país.

Y, por último, San Matías acabó tambien en Persia su vida, entregando la cabeza al verdugo despues de haber sido apedreado.

Así se ha levantado el edificio de nuestra fé: con sangre de mártires y sacrificio de santos.

¡Pleguiera á Dios que esta sangre y estos sacrificios no sean estériles para nosotros, hijos del siglo de la duda, la impiedad y la indiferencia.

HOJAS DE UN LIBRO.

¿POR QUÉ ESTÁN LOS CORAZONES TRISTES?

El sol se había levantado radiante, esparciendo su luz sobre las crestas de las montañas, y atravesando las negras sombras de los bosques; frescos perfumes como el aliento de los géminos de la tierra embalsamaban el suave viento de la mañana; voces misteriosas murmuraban con sonidos desconocidos los últimos ecos de la noche.

—¿Qué grande sois, Señor, en vuestras obras!

Vi salir de las cabañas dispersas por los valles y colinas hombres ya de edad unos, más jóvenes otros, pálidos, demacrados y encorvados bajo los instrumentos de labranza. Marchaban lentamente, como agobiados por un peso interno. Parándose de cuando en cuando, fijaban una mirada contemplativa en esas divinas magnificencias, y, sin embargo, estaban tristes.

Hinchados por savia fecunda, los árboles les decían: ¡Veis estas flores? Pronto se convertirán en fruto que madurará para vosotros.

Y..... estaban tristes. La viña les decía: Elabora en secreto un jugo fortificante que os animará y calentará vuestros miembros helados cuando llegue el invierno.

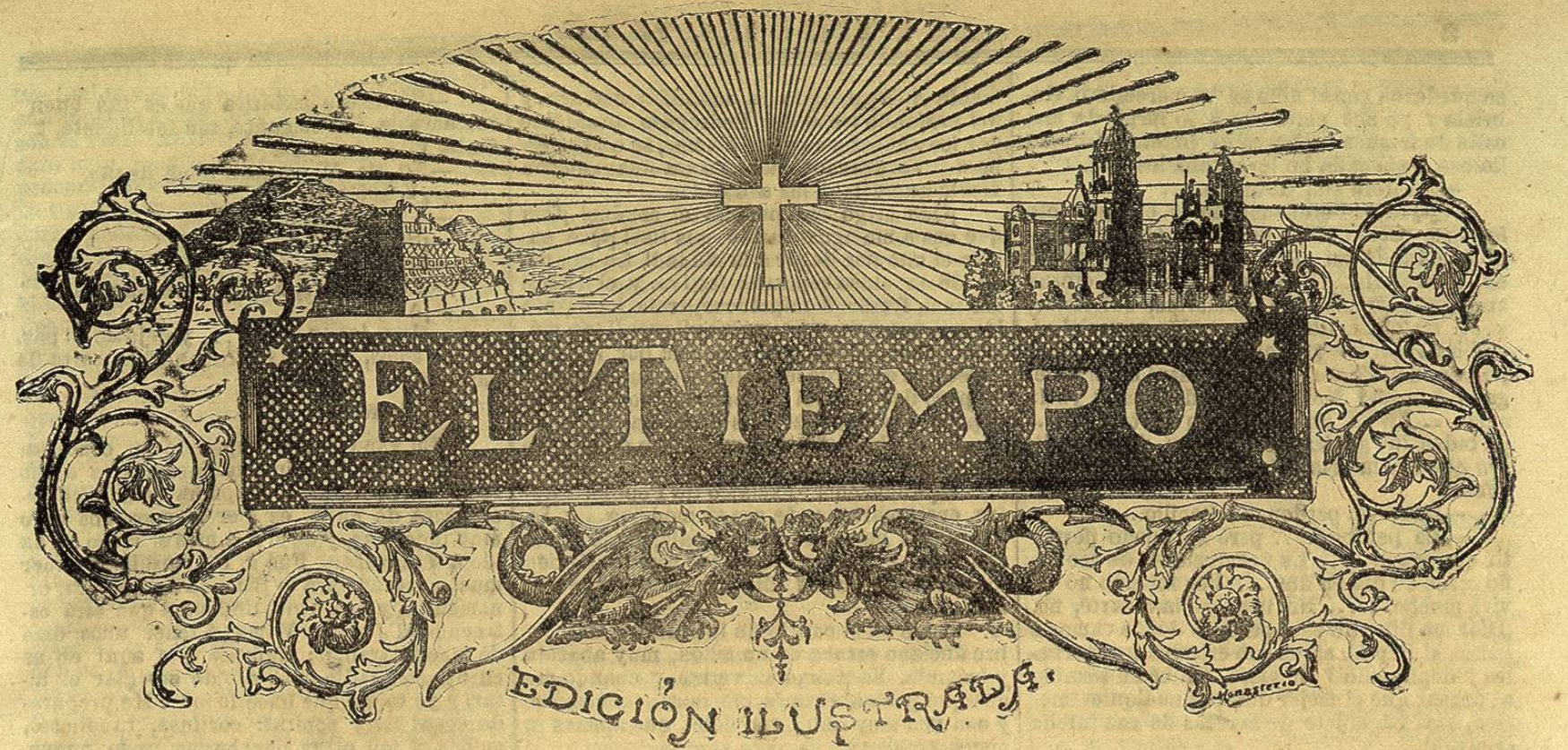
Y..... estaban tristes. Las praderas decían: Tenemos preparado un banquete á vuestros ganados; traedlos, que ellos os darán de cien maneras diversas lo que nosotros les hayamos dado.

Y..... estaban tristes. La naturaleza entera les gritaba: Soy vuestra madre; venid, venid todos, que yo os saciaré.

Y..... estaban tristes, y su pecho se hinchaba... y gruesas lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Qué quiere decir esto, Señor? ¡Y qué hay, pues, en el corazón del hombre!

Están tristes, porque Vos no habitais en ellos. Os ignoran, é ignorándoos, no os aman. Y ¿cómo podrán sin Vos ser felices los corazones que habeis criado?



ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

LI

La rubia Gabriela era franca, alegre, expansiva, y había en ella cierta sencillez infantil muy en armonía con el azul violado de sus ojos y el áureo color de sus joyantes cabellos. Destrenzados, sueltos, atados con una cinta de seda, seme antojaban un haz de mies madura.

Gabriela subyugaba las almas con la dulzura de su carácter mejor que con su delicada y elegante belleza. Y era lindísima: fisonomía suave y aristocrática; perfil correcto; labios ingenuos, expresivos, como entreabiertos por una exclamación de sorpresa; las mejillas con los tintes de la rosa; la cabeza artística y gentil; el cuello delgado y donairoso. Poseía la blonda señorita algo, ó mucho, de la singular belleza de dos mujeres muy célebres y admiradas entonces: Adelina Patti y la Emperatriz Eugenia.

Alta, delgada, esbeltísima, ideal, como acostumbra á decir los poetas, en Gabriela se juntaban maravillosamente la frescura de una arrogante juventud y los encantos misteriosos de una belleza apacible y casta.

Durante los primeros días la joven se mostró conmigo seria y ceremoniosa, lo cual, á decir lo cierto, no fué muy grato para mí. Procuré portarme de la misma manera, correspondiendo así á la reservada actitud de la doncella; pero el trato diario en la mesa, en la tertulia, en el paseo y á las horas de descanso nos acercó poco á poco, y pronto hubo entre los dos cierta confianza decorosa y afa-

ble de la cual nació una amistad placentera y cordial.

Entonces pude admirar en Gabriela no sólo la sencillez de su alma, sino lo que en ella valía más, la nobleza de su corazón.

Habituada al trato de personas cultas y distinguidas; educada con esmero; rodeada de cuanto la opulencia y el amor paternal pueden ofrecer á una niña de su clase y condicione, la señorita Fernández ni parecía engreída de su elegancia, ni pagada de su hermosura, ni satisfecha de sus raras habilidades. Tocaba el piano como una profesora y se creía una pobre aficionada; dibujaba magistralmente, pintaba lindas acuarelas, frutas, flores, pájaros, paisajes, y no se daba cuenta de sus aptitudes artísticas, ni de que sabía robar á la naturaleza la línea, el tono, la expresión, el ambiente que aísla y destaca las figuras, el rasgo oportuno que anima los objetos, la tinta desvanecida, vaga, vaporosa, que hace realzar las imágenes sin endurecer los contornos.

Obediente, sumisa, á la voz de sus padres, jamás se oponía á sus mandatos, como suelen hacerlo las señoritas de las clases elevadas, que gustan de ser caprichosas, y se complacen en ser mimadas por los suyos. La vida de Gabriela estaba consagrada á sus padres; obsequiarlos, tenerlos alegres y contentos era su único deseo, y de seguro que nunca dejó de agradecerlos. Sufría con paciencia ejemplar al infeliz jorobadito en quien estaban reunidos todos los defectos morales y todas las desgracias físicas. El pobre niño, lisiado, enfermizo, horrendamente precoz, era ruin, mezquino, insolente, atrevido y deslenguado. Co-

mo todos le halagaban y le compadecían, y no había capricho que no consiguiera ni falta que no le fuese perdonada, imperaba en aquella casa como soberano absoluto, como señor de vidas y haciendas, siempre dispuesto á hacer el mal, complaciéndose en atormentar á los animales que caían en sus manos, gozándose en insultar y calumniar á los criados, en burlarse de todos, y en repetir las palabras más soccos aprendidas en la calle ó de labios de los cocheros. La señorita Gabriela, objeto frecuente de las iras del niño, á causa, sin duda, de que sólo ella le corregía y le castigaba, pasaba ratos muy amargos. El correovadito la aborrecía de muerte, como á todos cuantos se oponían á sus caprichos y deseos, y á la menor corrección la insultaba con dichos y palabras de taberna.

La joven solía implorar en su defensa la autoridad del Sr. Fernández.

—¡Papá!—decía suplicante y apenada.—Oya á Pepillo... Abrió una jaula, atrapó un canario y le ha quebrado las alas... Le reprendo... y me contesta con unos dichos y unas palabras...

—Perdónale, hije;—respondía el padre— ¡pobre niño!

El correovadito quedaba victorioso, fingía arrepentimiento, se acercaba á la joven para acariciarla y darle un beso, y luego que se iba el Sr. Fernández volvía á los improperios y á las obscenidades. Saltaba, moñándose de su hermana, é inventaba nuevas fechorías.

Una tarde, después de una de estas escenas, fuimos al jardín; Fernández y la señora